

VIII

ORACIONES PANEGIRICAS  
 QUE EN LAS FUNCIONES  
 AL GLORIOSO APOSTOL SANTIAGO,  
 PATRON DE ESPAÑA,

DEL DIA 25 DE JULIO Y 3 DE AGOSTO DE 1801,

PRONUNCIARON

**DON VICENTE ALDAO Y CASTRO,**  
*Cura Párroco de Santa María de Salto, en la Iglesia del  
 Convento de S. Felipe el Real, por la Real Congregacion  
 de naturales y originarios del nobilísimo y fidelísimo  
 Reyno de Galicia;*

Y

**DON JOSEF ALDAO Y CASTRO,**  
*Cura Párroco de Santa Eulalia de Vilacoba, en la Iglesia  
 del Real Convento de Señoras Comendadoras de Santiago,  
 por el ilustre Ayuntamiento de esta M. N. M. L.  
 Imperial y Coronada Villa de Madrid.*

DEDICADAS

A LA REYNA NUESTRA SEÑORA

POR DON JOSEF DE VALLUGERA Y NUÑEZ,  
 del estado de Caballeros de Madrid.

CON PERMISO DE S. M.  
 MADRID EN LA IMPRENTA REAL.  
 AÑO DE 1802.

111

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
58 CHEMISTRY BUILDING  
CHICAGO, ILLINOIS 60607

TO: DR. J. H. GOLDSTEIN  
FROM: DR. J. H. GOLDSTEIN  
SUBJECT: [Illegible]

DATE: [Illegible]

RE: [Illegible]

[Illegible]

[Illegible]

Á LA REYNA  
NUESTRA SEÑORA.

SEÑORA.

*Si la felicidad de España consiste seguramente en la conservacion de la fe, y en ser depósito del sagrado cuerpo del glorioso Apóstol Santiago (que la plantó,*

*y la ha de mantener hasta la fin del mundo en este su escogido Reyno, para que en todas edades la misma duracion y pureza confunda á los incrédulos), tambien la mayor felicidad de los Soberanos de España se conoce, distinguiéndolos de todos los Monarcas, en que no son criados por el Ser supremo para exemplo de las vicisitudes temporales, sino determinada-mente para reynar con el amparo del dignísimo Patron Santiago sin temer enemigos.*

*Quantas naciones admiran esta singular gracia, advierten igualmente el reconocimiento de los mismos Soberanos en las ofrendas que hacen todos los años por medio de Obispos y Generales para culto y adorno del Santo y su capilla, y con especial liberalidad en los de jubileo plenísimo; sin perjuicio de concurrir per-*

*sonalmente á visitar el sepulcro quando es posible una vez en la vida.*

*En el próximo año santo de 1802 se verá repetir en la gran Basílica Compostelana la devocion de V. M., como la del Rey y Principe nuestros Señores; y siendo V. M. tan interesada en el culto del primer Mártir del Colegio Apostólico, no puedo menos de ofrecer á los soberanos pies de V. M. la eleccion de dos Oraciones panegíricas que en las festividades del Santo del dia 25 de Julio y 3 de Agosto de este año pronunciáron dos hermanos, hijos y Curas del Arzobispado de Santiago, llenando de gozo á los fieles oyentes de esta Corte; lo que me ha estimulado á darlas á la prensa, baxo la soberana proteccion de V. M., para que así sean mas apreciables las alabanzas del Patron de España.*



ORACION PANEGIRICA

QUE EN LA FUNCION

AL GLORIOSO APOSTOL SANTIAGO,

PATRON DE ESPAÑA,

DEL DIA 25 DE JULIO DE 1801,

PRONUNCIÓ

**DON VICENTE ALDAO Y CASTRO,**  
*Cura Párroco de Santa María de Salto, en la Iglesia del  
Convento de S. Felipe el Real de esta Corte por la Real  
Congregación de naturales y originarios del nobilísimo  
y fidelísimo Reyno de Galicia.*



*Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes, ut consequeretur hereditatem Israel. Eccles. cap. 46.*

Fue grande según su nombre, máximo en salvar á los escogidos de Dios, en derrotar á los enemigos que se le oponían para que Israel lograra la herencia.

**U**n héroe formado por unos principios, en que competían la novedad y las dificultades mas arduas, es el que llama en el día nuestra atención, el que tiene empeñado nuestro reconocimiento, el que exige nuestras alabanzas. La ostentosa Roma, desvanecida con el brillo de sus conquistas, ponía en la clase de grandes á aquellos hombres que abriendo con el acero el camino de su gloria, se habían levantado sobre los cadáveres y los escombros. Los instrumentos y los efectos de su ambición se empleaban para perpetuar la memoria de los que

se deseaban eternizar. Las ruinas de los edificios que el furor habia derribado prestaban los materiales para los obeliscos, las pirámides, y toda suerte de monumentos que atraxesen la curiosidad de los venideros; y el acero, que habia dado una nueva forma á las piedras, grababa en ellas las inscripciones que transmitiesen á las generaciones futuras los hombres y las hazañas que se querian inmortalizar.

En este tiempo pues, en que la señora del mundo daba con sus leyes al universo esta idea del heroismo, es quando el Apóstol Santiago el Mayõr aparece glorioso en la cumbre del monte de la virtud, adonde llegó por unas sendas mas ásperas, y casi de todos desconocidas. Admitido en el número de aquellos doce que habian de establecer el reyno de Jesuchristo sobre la tierra, un santo zelo, no una ambicion criminal, le lleva á la mas difícil de las empresas. Brilla en él la mansedumbre practicada entre las gentes mas bravas, en lugar de la ferocidad de aquellos conquistadores tan celebrados; y la beneficencia

se ve substituida con gozo de la humanidad á las muertes y á los estragos. Vencedor del ánimo, allí dexa grabado su nombre inmortal; no por medio del acero, que no tuvo parte en sus expediciones, sino por medio de los beneficios, que fuéron los instrumentos de sus conquistas. Quando el tiempo destruidor, mirando con zelos aquellos soberbios monumentos erigidos para burlarse de su imperio, descarga sobre ellos el golpe de su hoz, y con el ruido de su ruina hace perecer la memoria de los llamados inmortales; respecta el sagrado nombre del justo, cuya memoria será eterna, transmitida con complacencia de generacion en generacion. En vano la eloqüencia hace todos los esfuerzos del artificio para cubrir el horror de los cadáveres, y presentar baxo un aspecto agradable la triste desolacion, de modo que hiciese aparecer cercados del resplandor de unas virtudes heroicas á los miserables autores de tantas desgracias. Mas poderosa la naturaleza en los lamentos de la orfandad, en los clamores de la viudez,

y en los ayes de la indigencia y de la miseria, desvanece el aparente brillo de unas virtudes quiméricas, y los dexa envueltos en las tinieblas de unas acciones realmente viciosas: y unos sepuleros sobre que el furor poético quemaba los inciensos debidos á la Divinidad, quedáron abandonados á la obscuridad de un olvido, que sujeta los nombres á la misma suerte de que, si por una ley natural no se eximiéron sus cuerpos, por una fatal desgracia no se indultáron aquellas almas indignas de la inmortalidad de la gloria eterna.

No así nuestro Apóstol. Este vaso de eleccion para derramar la mejor vida sobre los mortales no mendiga del débil socorro del entusiasmo; porque el Espíritu Santo pone al justo á cubierto de los tiros de la maledicencia; y su caracter benéfico empeña dulcemente á la gratitud en la retribucion de las alabanzas. ¿Qué consiguió la saña de un tirano en anticiparle la muerte sinó enviar mas prontamente su victoriosa alma al goce de la inmortalidad en la presencia de un Dios eterno?

5

¿Qué hizo la infamia del suplicio sino darle el honor de la corona triunfal? Y el empeño de arrebatarle de los ojos de los hombres y esconderle en las entrañas de la tierra, ¿tuvo otro efecto que dar mas antes á su sagrado cuerpo la posesion de un sepulcro glorioso, que habia de atraerse la veneracion general? Una magnanimidad tan patente, unos méritos tan esclarecidos, confirmados por la inmortalidad, por sí mismos se exáltan sin necesidad del socorro del arte. Y esta consideracion, Señores, sin duda produjo, ó á lo menos disculpa mi eleccion para el éloquio del tutelar de las Españas. Aquí no hay necesidad de inventar: los hechos son tan ilustres como notorios: su oracion se forma sin fatiga del entendimiento: el que la pronuncie apenas tiene que hacer mas que prestar el mecanismo de la lengua para pintar un verdadero héroe, grande, admirable y glorioso.

Soberano Señor sacramentado, cuyo símbolo es el blason de sus armas, en que mas se gloria el muy religioso y muy no-

ble Reyno de Galicia, os reconocemos por la verdadera vid, que comunicando el xugo de la gracia á aquel sarmiento Santiago el Mayor, le cargó de los racimos de sus dulces virtudes. ¿Y quién alabará al sarmiento sin incluir á la vid en la alabanza? ¿Quién elogiará la virtud en el justo sin elogiar en él al dador de las virtudes, al Justo por esencia? Conocemos, y lo confesamos, Dios y Señor nuestro, que sin Vos nada pueden los hombres, que sus triunfos son triunfos vuestros, y que el que una vez triunfó á la faz del mundo, siempre triunfa en nosotros. Por esta protestacion de nuestra fe dignaos concederme el don de la palabra con que habeis adornado á nuestro Padre, para que desempeñe con dignidad un panegírico todo vuestro. Os lo suplicamos por la poderosa intercesion de vuestra Santísima Madre, á quien saludamos con el Angel. AVE MARIA.

*Fuit magnus secundum nomen suum, maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes, ut consequeretur hereditatem Israel.*

Fue grande segun su nombre, máximo en salvar á los escogidos de Dios, en derrotar á los enemigos que se le oponian para que Israel lograra la herencia.

**S**i no hemos de dar al capricho el arbitrio de elevar al heroismo; si en el tribunal de la justicia se ha de decidir de aquel honor por el mérito y la virtud sobresalientes, tendrémos solo por verdaderamente héroe al que se muestre realmente grande, admirable y glorioso: tres dotes propios de la Divinidad, á cuya naturaleza se pretendia acercar á aquellos hombres en cuyas acciones se daba algo mas que humano. Ciertamente esto no fue mas que inventar el dictado que justamente correspondia á los hombres ilustres del Christia-

nismo en quienes la gracia de Jesuchristo infundió aquel vigor extraño al hombre despues de su caída. ¿Qué se podria elevar á la naturaleza de una divinidad quimérica sino héroes quiméricos? Si en aquellos dioses no se veneraba sino al vicio, ¿qué otra cosa se engrandece en los que se les asemejaban sino acciones viciosas? Pero desde que la naturaleza humana fue elevada á la divina en la encarnacion del Verbo; desde que el Dios de las virtudes se dignó comunicarse á los hombres, ¡qué sublimes no se hallan aquellos que unidos con un Dios santísimo, se asemejaron á él por medio de unas acciones realmente superiores á las humanas! No hay mas que presentar á nuestra consideracion uno de aquellos verdaderos héroes: Santiago el Mayor, que entre los doce conquistadores del reyno de Jesuchristo ha sido el primero que ofreció aquel agradable espectáculo al mundo, á los Angeles y á los hombres: espectáculo verdaderamente grande, admirable y glorioso.

Apenas empezamos á reconocerle,

quando se nos presenta con grandeza. Su vocacion al Apostolado, que es la primera época que se ofrece á nuestra vista en la historia de su vida, le muestra elevado sobre sí mismo. Llámale Jesuchristo al tiempo que con su padre estaba en el barco componiendo las redes para la pesca, é inmediatamente las dexa; dexa á su padre, y le sigue. A la verdad, ¡qué magnanimidad no supone este noble desprendimiento! ¿Quánto no pudieran enredarle aquellas redes de que dependia su alimento? ¿Quánto no pudiera detenerle aquella lancha, fuera de la qual peligraba su subsistencia? El amor filial ¿qué estorbos no pudiera ponerle? Aquí la prudencia de la carne tenia sobradas armas para hacer frente á su resolucion. El ejército de las pasiones en que estaban aliadas las fuerzas del afecto natural y del interes pudieran triunfar de su ánimo. ¿No es este el ejército bravo y formidable que se nos pinta victorioso en la parábola de la gran cena? En aquel lastimoso quadro ¿no se nos representa á uno de los primeros convidados

miserablemente rendido por el deseo de ver una granja que acababa de adquirir; á otro arrastrado de la fuerza de cinco yuntas de bueyes que queria probar, y á otro cautivado por el amor? Sí. Las almas baxas ceden fácilmente á los acometimientos de la concupiscencia. Apenas este enemigo ataca quando vergonzosamente se entregan á discrecion; y quieren antes servir á la ostentacion de su victoria cargadas de la ignominia de la esclavitud, que oponérsele para hacer un cautivo, que llevado delante de su carro engrandeciese su triunfo en el abatimiento de un enemigo tan poderoso. Esta gloria está reservada para un alma grande como la de nuestro Apóstol, escogido para la dificultosa empresa de la conquista del ánimo. Superior á la carne y á la sangre no sufre los grillos con que queria tenerle aprisionado aquel tirano. Abandonado quanto pudiera prenderle en la tierra, le vence en el mismo trono que tenia formado en su corazon; y sirviéndole de escabelo á sus pies el mas soberbio enemigo, sube al trono usurpado, y recobra

aquel imperio con que el hombre habia salido de las manos de su Criador.

Si yo hubiera de seguir las ideas del mundo, se me presentaba una nueva ocasion de engrandecerle en el alto pensamiento que se formó de la primera silla del reyno de Jesuchristo. Un alma, diria, que concibe aspirar á un puesto tan elevado, no es un alma comun y ordinaria: emprende con analogía á sí misma; y en las producciones de grandeza nos da fielmente retratada un alma grande. No hemos hecho alianza con el artificio y la falacia los que hemos de decir el heroismo christiano; imitadores de aquella loable simplicidad con que para gloria de Dios y enseñanza de los hombres dexáron confesados los Santos sus mas ocultos defectos. La sabiduría del Padre que vino á hacer necesidad la sabiduría del mundo, y los santos Padres á cuyo entendimiento no deslumbra un brillo aparente, me inspiran muy distintas y mas sólidas ideas. Estos sabios iluminados, exâminando aquella pretension en la piedra de toque de la mo-

ral de Jesuchristo, nos descubriéron el falso metal que encubria aquel oro exterior á los ojos de la carne. Allí no halláron grandeza, sino debilidad de un ánimo dominado por la ambicion. ¡Espíritu de Dios! ¡Espíritu de fortaleza! ¡Qué clara demostracion de la necesidad de vuestra asistencia no nos ofrece este exemplar! ¡Qué es el hombre tan exáltado por la orgullosa filosofia si la gracia no le sostiene! El que antes con el socorro divino pudo desprenderse de los alicientes del mundo, y triunfar de los enemigos domésticos; ahora dexado á las fuerzas de la naturaleza aparece vencido y aprisionado por la concupiscencia. Si vuestra retirada descubrió en la flaqueza de nuestro Apóstol la pequeñez del hombre en sí mismo, tambien nos representais la grandeza de su ánimo en este mismo lance luego que volveis á confortar su espíritu.

En efecto: un hombre que se dexa llevar de aquel pensamiento ambicioso hasta el extremo de entablar su solicitud, y en quien el parentesco con Jesuchristo

daba tal confianza, que parece mas exige que pide un decreto favorable, no recibe con abatimiento una repulsa tan distante de lo que se prometia. Con la mayor tranquilidad oye, no ya una simple denegacion de su instancia, sino calificada de necesidad. Pero ¿qué digo? No es este el fondo sobre que resalta bastante su magnanimidad. Mas negro es el que ofrece aquel caliz con que prueba Jesuchristo la grandeza de aquel ánimo. Acababa de anunciar á sus discipulos su formidable pasion. El odio de los hombres, sus persecuciones, los desprecios, los escarnios, y por último una muerte afrentosa es lo que forma aquel quadro horroroso á los ojos del hombre. Y estando todavia tan fresca aquella pintura que estremece, le pregunta si se halla con valor para iguales sufrimientos. ¡O dura conmutacion! Al que aspiraba á la mayor dignidad de un reyno se le ofrece lo mas vil en el concepto general: al que queria el puesto mas brillante se le propone lo en que el hombre no halla sino obscuridad. Se substituye á la distincion el abatimiento,

al respeto el desprecio, á una vida cómoda y honorífica una muerte cruel é ignominiosa. ¿Qué ánimo no desfalleceria al fuerte golpe de este inesperado y penetrante contraste? ¿Qué es lo que tiene el hombre tan amable como la vida? ¿Qué es lo que mira con tanto temor como la imagen de la muerte? A vista de estas consideraciones, que pudieramos reforzar con los exemplares que nos suministran las historias, si un auditorio tan ilustrado no nos indultara de este trabajo, tal vez pareceria que el ánimo del Apóstol Santiago desmayaria con la propuesta de la muerte, y de una muerte en que habian de apurarse las heces del mas amargo cáliz. Lejos de nosotros un pensamiento tan injurioso al alma verdaderamente grande de nuestro héroe. No duda siquiera; no titubea, y se ofrece con una resolucion imponderable á rendir la vida en medio del desprecio y la ignominia.

¿Donde está la grandeza de tus héroes, orgullosa antigüedad? ¿Cuál es el tamaño de su ánimo? Supiéron despreciar

la muerte, dices. Jamas se la propusiste como cierta. Tus oradores la vaticinaban á los enemigos, no á tus soldados. Inflamados del entusiasmo les hacian ver victorias tan completas que casi nada les habrian costado; y fecundos en invenciones fabulosas, inventáron aquel clarin de la fama empleado interminablemente en celebrar los nombres de aquellos pocos á quienes el genio del mal cortase el hilo de la vida. Así cada uno se prometia las satisfacciones del triunfo, no la tristeza del sepulcro. Si á alguno se le representaba la muerte, la veia toda ocupada con otros; y aun á estos los miraba en la posesion de una vida conservada en las alabanzas de todas las edades. Pero el ánimo verdaderamente grande de nuestro héroe no necesitó de estas ilusiones para manifestarse superior á la muerte. La mira realmente sobre su cabeza en la promesa de aquel en cuyas manos estan las suertes de los hombres; y la acepta sin anuncio, y sin esperanza de aquella vana inmortalidad: al contrario, seguro de que el odio que habia de arran-

carle del número de los vivientes, aborrecería su misma memoria. A la presencia de esta magnanimidad desaparece la grandeza fantástica de tus semidioses. Y ¿qué quedará de admirable en ellos haciendo un paralelo entre conquistador y conquistador?

Así llamo á nuestro Apóstol quando le miro en la conquista de almas para Jesuchristo: conquista de unas dificultades qual ninguna otra, de peligros continuos, de obstáculos insuperables. Ciertamente aquí es preciso que le admiremos. En esta empresa no pueden reducirse al número los enemigos, ni delinearse sus fortalezas. Habia que batir el error del entendimiento, y la obstinacion de una voluntad deprayada: estas dobles murallas tanto mas dificiles de derribar, quanto eran mas profundos sus cimientos, cavados por un uso inveterado, y defendidas por toda la naturaleza humana armada en masa. De este modo es preciso que en donde quiera que miremos á Santiago, le veamos combatir con tantos enemigos como hombres sin

distincion de sexôs ni de edades desde el uso de la razon. La vejez, inepta para las armas, es aquí la mas tenaz para mantener lo que la práctica de muchos años le habia hecho ó venerable ó amable. La juventud nunca tan arrojada como quando se trata de refrenar las pasiones, en cuya licencia constituye sus delicias. Todos conspiran contra el que intenta erigir nuevas aras, y arruinar aquellas ante las quales siempre se habian postrado. Jerusalem es el primer campo de esta inaudita y admirable batalla. Oye de su boca aquel nombre sobre todo nombre, el nombre de Jesus, que quisiera no se acordase jamas, y se conmueve. Ve que predica Hijo del Eterno; y Eterno el mismo al que habia hecho morir como al mas vil de los hombres, y se escandaliza. Los Maestros de la ley, que tenian adulterados los mandamientos de Dios con tradiciones humanas, se irritan con la promulgacion de una moral pura y sublime. No hay clase que no se le oponga: no pronuncia ninguna de aquellas palabras de vida eterna sin que provo-

que al odio contra él, y le produzca la persecucion. Pero ¡con qué valor no resiste á aquella inundacion de enemigos! El fuego del zelo de la honra de Dios y del bien de las almas le devora. De aquí aquel vigor con que, sin que le detengan las contradicciones, sin que le acobarden las conspiraciones, corre por toda aquella ciudad, que mata á los Profetas, empuñada la espada de la verdad. Entre las tribulaciones, lejos de acongojarse, saca mayor aliento. Nada es capaz de turbar aquel espíritu propriamente fuerte.

No nos detengamos mas por ahora en esta ciudad de anatema. Volvamos inmediatamente la vista á este nuestro Reyno escogido de Dios para herencia suya, adonde el hijo del trueno se disparó con la velocidad de un rayo; no para destruir, sino para edificar; no para hacer muertes, sino para dar la vida eterna. ¿Qué otra voz que la del hijo del trueno era la capaz de sonar en el pecho duro del Español tenaz en la conservacion de sus costumbres? Tú, ¡ó Roma! tú eres el testigo de la fir-

me adhesión de los Españoles á los principios recibidos entre ellos. Si con años de trabajos diste leyes á otras naciones, para darlas á esta fue preciso el curso de dos siglos, en que solo un Viriato fatigó tus armas durante veinte años de una guerra ignominiosa; se acabó con tus Escipiones; se te consumieron muchos Cónsules, muchos Pretores; y levantado de Numancia tanto terror que no cupo en tus exércitos, se extendió hasta tus muros, los penetró, y llegó á tu Senado. Tú, admiradora del teson Español, nos haces mucho mas admirable el valor de aquel que vino como oveja en medio de los lobos.

Apenas se dexa ver en esta Península aquel conquistador de Jesuchristo, cuya fuerza de espíritu le mereció el dictado de hijo del trueno, quando las potestades infernales se apresuran para defender el imperio que exercian aquí en la idolatría, cuya ruina amenazaba. Abre el infierno sus bocas; desata y vomita sus furias. El fuerte armado guarda su atrio; y reforzados los pechos que poseia, espera los ataques

de nuestro Apóstol. No desmaya él á vista de tan feroz enemigo. Semejante al rayo, allí pone mas fuerza donde halla mayor resistencia. La voz apostólica, que habia de llegar hasta el extremo de la tierra, resuena qual trueno en la parte mas occidental del mundo. Un Dios, un Redentor, un Crucificado se predica á los que divinizaban al vicio y á las necesidades. Locura parecerá aquellos gentiles el misterio de la cruz, blasfemia el desprecio de sus dioses, sacrilegio la impugnacion de aquellas fiestas en que la disolucion estaba autorizada como sagrada, y entraba en el culto religioso. Y ¿qué efecto haria en aquellos ánimos inflexibles la moral nueva y elevada de nuestra divina ley? Yo veo exaltado aquel natural feroz al oír subrogada la humildad á la soberbia, la castidad á la luxuria, el desprendimiento á la avaricia, y (por valer á la brevedad) el amor y la beneficencia hácia el enemigo al odio y á la venganza.

Por esta prueba, admirados conquistadores, por esta prueba quisiera yo que

pasaseis á ver qué ofreciais de admirable. ¿Qué seria aquí de vuestro decantado ánimo solos, sin armas, sin exércitos entre gentes conjuradas contra vosotros? Esta era la ocasion de haceros verdaderamente admirables, como se muestra este conquistador christiano. No siendo así, ¿qué se halla vuestro en el quadro formado de vosotros? Nada. Todo es ageno. Para tirar el fondo fue preciso valerse de las cenizas á que el fuego aplicado por vuestros soldados reduxo lastimosamente las mieses regadas con el sudor del hombre: sobre él resaltáis con el vivo color que prestó la sangre de vuestros semejantes derramada por vuestros exércitos; y os levántais sobre las ruinas causadas por las máquinas hechas é impelidas por otros brazos. ¿Donde está ese poder semidivino que se os atribuye? Vos solo sois el fuerte, el poderoso, ¡ó Dios eterno! y el que os ostentáis admirable en vuestros Santos.

El carácter duro del Español que turbó tantas veces la serenidad romana, no tiene fuerza para mover aquel espíritu

siempre firme, siempre inmutable. En vez de amilanarse, las dificultades le alientan, los obstáculos le animan, las persecuciones le empeñan. Aquellos conquistadores, cuyas intenciones ambiciosas les hacian aborrecer el valor del enemigo que retardaba sus progresos, no perdonarian á medio de acabar con sus competidores. Nuestro zeloso conquistador, que no venia á perder sino á salvar las almas, y que en aquella firmeza por una religion falsa descubria el mas sólido cimiento para la verdadera, apura los medios de conservar á sus perseguidores. Pone en exercicio aquella potestad divina que se le habia dado, y en su virtud los enfermos recobran la salud, los ciegos la vista, los tullidos el uso de sus miembros, y los muertos la vida. Pásmanse con estos prodigios aquellas gentes aguerridas acostumbradas á herir, mutilar y matar, y reconocen en aquel hombre un poder mas que humano. Aquí es quando esfuerza su voz para predicar nuevamente á aquel de quien le habia recibido: y al eco de aquel nombre, al qual se arrodillan

los cielos, la tierra y los abismos, se estremecen las aras de las falsas divinidades, y el infierno se llena de pavor. Los ánimos se mueven á la verdad; y empieza á subir al cielo el olor de suavidad que exhalan las almas convertidas. Segura es la conquista de nuestro Reyno para Jesuchristo. Sí: nuestro Apóstol la hubiera acabado felizmente si no se le diera de lo alto la orden de pasar inmediatamente á Jerusalem. Allá es preciso que volvamos para ser testigos de su gloria.

El Espíritu Santo, como á San Pablo, le anunciaba por el camino que en Jerusalem le esperaban las pasiones y las tribulaciones; pero nada de esto teme. Ve ya inclinado aquel cáliz que se le habia ofrecido, y como el ciervo corre hácia las aguas, así él se apresura para beberle. No podemos volver la vista á aquella ciudad sin que le veamos hecho presa del odio, y víctima de la venganza. Aquella nacion dura y obstinada no puede mirarle nuevamente sin aborrecerle: no le oye sin hacersele intolerable, y avivársele la sed de su san-

gre. Al fin, el justo es acusado como el mayor delinquente: el desatador de las almas es aprisionado; y la luz del mundo es encerrada en un obscuro calabozo. En este lugar horroroso al hombre, y fecundo de los pensamientos mas melancólicos, ¿qué ánimo no se hallaría sumergido en los temores mas espantosos? Un pueblo implacable con su Maestro, por cuya causa persigue al discípulo: el juicio de su inocencia al arbitrio de un Herodes, nieto de aquel que para quitar la vida á Jesuchristo en la cuna hizo la carnicería en los inocentes, que cubrió de luto á Belen y á sus contornos, y que se propone ganar el afecto de los Judios persiguiendo á la Iglesia, ¿pudiera presentar á la meditacion otra imágen que la de una muerte revestida de la crueldad y la fiereza? ¡O cáliz! ¡con qué horrible aspecto te le presentas! Te vió temible al hombre Dios en el huerto; y el Calvario le recuerda los trabajos con que te bebió el Redentor.

Pero de donde pudiera tomar cuerpo el temor saca el ánimo los alientos. Allí

tiene el modelo de fortaleza: de allí le viene la virtud de un glorioso sufrimiento. Invente ya la inhumanidad los mas acerbos tormentos. Logrará despedazar el cuerpo: el ánimo se conservará en su entereza. En aquel pecho invencible no hacen efecto los esfuerzos del furor. Se desean con impaciencia: se abrazan con una resolucion imponderable. ¡Qué espectáculo tan sublime, tan agradable al Dios apreciador de los sacrificios de la voluntad! Vió desde su alto trono aquella batalla del espíritu y la carne: vió el triunfo de un ánimo constante. Aquella alma grande se le hace tan amable, quanto indigno el mundo de poseerla, y se apresura á arrancarla de entre los pecadores para colocarla en el templo de su gloria. Herodes sirve á este proyecto del Eterno. Su deseo de agradar al pueblo le hace adoptar una muerte pronta, que arrebatase de su vista un objeto que aborrece. Manda degollarle, para que se harte en aquella sangre inocente derramada toda de una vez.

Ved, Señores, sobre el cadalso la pri-

mera víctima del rebaño apostólico, ganado ya un escalon para la primera silla del reyno eterno de Jesuchristo. Ved asentada sobre la basa una de las mas fuertes columnas de la Iglesia, inmoble al ímpetu de la mas furiosa tempestad. Ved sobre el candelero la luz de la fe tanto mas encendida, quanto se sopla mas para apagarla. No hallais aquí un hombre débil y cobarde á la presencia de la muerte, á la que despreciaba quando la miraba de lejos. Si Sócrates asistido de sus amigos, alentado con los discursos de la filosofia; aunque bendice la mano que le entrega la copa de la cicuta, ofrece en el derramamiento de lágrimas el testimonio de un interior conmovido por los horrores de la cercana muerte; Santiago rodeado de los verdugos, expuesto á un concurso innumerable que le aborrece, le maldice, y espera impaciente el término de su vida; Santiago, digo, se muestra inalterable, y mantiene en medio de unas circunstancias las mas formidables la mayor presencia de espíritu. Su delator, pasmado y arrepentido, le bus-

ca en el teatro de la muerte. Aquí se ofrece al mundo un espectáculo de asombro y de confusion, y al cielo de agrado y de complacencia. Aquella alma tranquila á la presencia del enemigo le saluda con la paz quando se halla en el lance mas crítico de la guerra: abraza afectuosamente al que injustamente le habia acusado; y la fortaleza, no cabiendo ya en su grande pecho, se comunica al que habia dominado la debilidad, en tanto gradō, que le dexa confortado para recibir el bautismo de su sangre. ¡O accion la mas heroyca! ¡O accion gloriosa, y la mas digna de la inmortalidad! Postráron otros á exércitos bravos, es verdad: subyugáron á naciones fieras; pero ¿quiénes son los vencidos si aquellos los vencedores? ¿Mirarémos como tales á los que estaban vencidos por la soberbia, dominados del odio, esclavizados por la ira y la venganza? ¿Por qué no ostentáron dentro de sí mismos en sus guerras intestinas aquella magnificencia brillante, aquella fortaleza estupenda que se halla en la victoria del ánimo? En matar solo se ve

la flaqueza humana. Pero en dar la vida al mismo enemigo, y una vida no limitada al tiempo, sino duradera tanto como la inmortalidad, brilla un rasgo verdaderamente divino. ¡Angeles santos, Ministros inmortales de aquel Dios que vino al mundo para enseñarnos aquella virtud que el pecado habia desterrado de los hombres, con qué cánticos no celebrais aquella noble generosidad con que Santiago, por medio de la paz vivificante, dió la vida eterna al que le llegó á las puertas de la muerte! Vosotros veis ya el complemento de su glorioso triunfo, sí: por eso cortais las palmas, preparais las coronas para el acreedor á la inmortalidad.

Aquella entereza de ánimo infunde el asombro en las gentes y en el mismo executor de la pena capital. Desenvayna el verdugo la espada con mano trémula: de aquel instrumento de muerte pasa la vista al paciente. Su semblante lleno de valor, su postura firme y dispuesta para recibir el golpe corta los brios al que habia de cortarle la cabeza. Mas fuerte el mori-

bundo que el matador, necesita esforzarse este quando ve mas esforzado á aquel. Levanta el brazo; pero desmaya, y no se atreve á dar el golpe en aquel cuello que no sucumbe al yugo de la muerte. El pueblo sanguinario clama: insta la obediencia á la órden del Rey; y hace mayor fuerza el decreto del Altísimo. Un esfuerzo repentino corrobora el brazo del verdugo; y separando la cabeza de aquel cuerpo en donde la flaqueza no pudo hacer entrada, corta inmediatamente la de aquel á quien habia reforzado nuestro héroe. ¡O fortaleza nunca bastantemente celebrada! ¡O ánimo invencible, á quien la hoz de la muerte no fue capaz de rendir.! ¡Alma incomparable! la Jerusalem terrena no supo apreciarte; pero la Jerusalem celestial....

Elevaos, amados hermanos míos, y vereis el triunfo de un alma verdaderamente gloriosa. No hallais aquí aquel fausto de soberbia con que Roma alucinaba en sus fiestas triunfales. Nada hay que estremezca, sino que aliente y consuele á la humanidad; que provoque sus quejas, sino

sus alabanzas; ni que excite sus zelos, sino su amor. Si en Roma un Angel exterminador, aturdiendo con el ruido de los carros, da la idea del espantoso aparato de exércitos formidables: en el Empíreo aquel Angel de paz en una nube brillante que le sirve de carroza ofrece el símbolo de la agradable luz de la fe con que iluminó á los que estaban en tinieblas. No se ven como en Roma cautivos, en cuyo semblante afligido esté representada la tristeza de pueblos asolados. Solo las pasiones arrastran las cadenas; y el gozo de un alma libre que triunfa con su conquistador, anuncia el de la naturaleza humana por la libertad de la gracia que se le proporcionaba. No se lleva como en Roma el oro y la plata agena, presa de la avaricia; pero los inestimables tesoros de las virtudes engrandecen infinitamente el triunfo. No adornan las sienas del vencedor laureles corruptibles manchados con la sangre de sus semejantes, sino coronas inmortales compradas con su propia sangre. Los coros angélicos celebran al restaurador de la dignidad del hom-

bre poco menor que los Angeles; y el Dios remunerador Jesuchristo justo le coloca en la primera silla de su reyno. Perecieron los nombres de aquellos destructores: sus sepulcros quedáron oprimidos del peso del olvido: el nombre de este bienhechor sigue inmortal el curso de los siglos; y su sepulcro es conocido, buscado y venerado de todas las gentes.

Aquí os contemplo, Señores, dirigiendo las miradas de vuestra consideracion al dichoso Reyno de Galicia, y parando vuestra respetosa atencion en la Basílica de Compostela, ilustre depósito de aquel incalculable tesoro. No atribuya esto la maledicencia á rebato de un entusiasmo nacional. ¿Cómo dexaremos de mirar desde aquí aquel sepulcro glorioso que siempre ha llamado la veneracion de nacionales y extrangeros? Tengo la honra de hablar delante de una Real Congregacion de nacionales y originarios de Galicia, entre cuyos ilustres individuos, y aun entre los demas de mis espectadores, muchos habrán sido testigos como yo del

tierno objeto que ofrece la devocion de los extrangeros, que sin tomar descanso de su largo y penoso viage, van en derecha á la santa Iglesia á postrarse delante del sepulcro de nuestro Apóstol. Aquel á quien Jerusalem quiso cubrir de oprobrio y de desprecio, se ve coronado de gloria y de honor; y ni la obscuridad de la sepultura, ni el amontonamiento de siglos pudo encubrirle á los hombres. El cielo cuidó de manifestar lo que la tierra tenia escondido: y á una noticia tan plausible el Rey Don Alonso el Casto dexa las comodidades de su palacio para ir á venerar al que habia venido á traernos las riquezas de la fe; y su piadosa liberalidad erige un templo de magnificencia Real para depósito de aquella prenda sobre la qual estaban vinculadas las felicidades de España. Vuela la fama por el orbe. Galicia es mirada de todas partes con unos santos zelos; Compostela con un profundo respeto. Las naciones á competencia concurren á aquel venerable terreno. Apenas avistan la santa ciudad, quando (sintiéndose

penetradas de aquellos religiosos sentimientos proferidos por aquel language de las almas sencillas: *Verdaderamente es santo este lugar*), ya no se atreven desde allí á llevar cubiertas las cabezas, ni á cantar otros cantares que los sagrados con que llegan hasta el pie del tabernáculo. Un Santo, para proporcionar mas veneradores á nuestro Apóstol, facilita los caminos á los peregrinos. Para su seguridad y hospitalidad se instituye una Orden Militar.... ¿Quién podrá decir todo lo que acredita de glorioso aquel sepulcro, ó poner orden á los hechos que lo comprueban de tal? Aquella Iglesia es erigida en Metrópoli, cuyo Senado compone un numeroso y respetable Cabildo de virtud y mérito bastante conocido. Los votos de peregrinacion á Compostela son reservados al Vicario de Jesuchristo como los de Jerusalem y de Roma. Aquel sepulcro apostólico es distinguido como los de San Pedro y San Pablo con un año de jubileo de iguales privilegios, y aun de menores intervalos. Ante él se ven postrados los Santos, y ren-

didadas las coronas de Reyes nacionales y extranjeros. Los rios de prosperidades, que en el rigor de la tribulacion restauraron la lozanía de esta Península, se ven salir de aquella arca que contiene el manantial de nuestras dichas en el cuerpo de nuestro Tutelar. Nuestros Católicos Monarcas lo reconocieron y reconocen en la oferta que en sus augustos nombres se hace anualmente en este dia, y se está repitiendo en esta misma hora. La dilatacion de sus dominios á un nuevo mundo es atribuida á los poderosos influxos de nuestro protector, y protestada allí en las primicias del oro americano. Los Reynos de Castilla y de Leon....

Però ¿quándo acabaria yo mi oracion si aun así ligeramente hubiese de recorrer quanto concurre á hacer glorioso aquel sepulcro? Perdonadme, Señores, si he abusado de vuestra paciencia; ó si os ofendo en sospechar impaciente á un auditorio Español, quando se dicen las virtudes y los honores de aquel que siempre nos tuvo por el objeto de su amor. Ilustres

nacionales, piadosos fundadores de esta Real Congregacion, vosotros teneis la mayor parte en esta, si puede llamarse culpa, por haber escogido para su Patrono á un Santo tan distinguido en méritos y veneracion, que el único trabajo de sus Predicadores consiste en ceñirse á los estrechos límites de la concision. Un varon *grande segun su nombre, máxîmo en salvar á los escogidos de Dios, en derrotar á los enemigos que se le oponian, para que España qual otro Israel lograse la herencia* (es preciso confesarlo de buena fe), pedia mucho tiempo para que se dixese lo que ofrece de grande en aquella magnanimidad con que por seguir á Jesuchristo abandonó todo lo que poseía; y con que despreciando la muerte se ofreció á hacerla frente, no obstante haberla visto auxiliada de la ferocidad y la ignominia; de admirable en aquel valor constante con que sin mas armas que la palabra, no precedido de la fama de la elegancia de un Tulio, ó de la filosofía de un Séneca, sino del concepto de rudeza y de ignorancia de un pescador, en

el centro de la obstinada sinagoga, y entre la nacion mas brava y tenaz en la idolatría, predicó lo que para el Judío es escándalo y para el Gentil locura, sin que el esfuerzo de todo el infierno le acobardase en la empresa mas ardua de quantas refieren los anales del mundo; y de glorioso en aquella fortaleza con que en el campo de batalla mas formidable triunfó de una muerte horrorosa en la injusticia y en la crueldad de un pueblo ingrato á sus beneficios, que substituye inhumanamente los insultos á la compasion, las maldiciones á las lágrimas. Por esta escala de unas virtudes sólidas y realmente divinas, llegó al último grado del heroismo, y de las doce sillas mereció ocupar la primera en el templo de la verdadera inmortalidad.

Así gozais, ¡ó bienhechor de los hombres, y con especialidad de los Españoles! así gozais del premio de vuestros afanes, sacrificados á la felicidad de vuestros semejantes. Las quejas de la humanidad, que harán detestables los nombres de aquellos llamados héroes que embriagaron la tier-

ra de sangre humana, y la cubrieron de estragos, no se atreverán á vuestro dulce nombre. Eternamente amable será vuestra memoria; y al paso de los siglos correréis inmortal, conservado el verdadero título de héroe que habeis adquirido sin daño de ninguno. El agradecido Español será en todas partes el panegirista de vuestras heroycas virtudes; y cada uno de los Gallegos cantará con ellas lo que hace glorioso el sepúlcro de vuestro santo cuerpo; que os habeis dignado confiar á aquel Rey no por un especial concepto de su religiosidad. Por todo el orbe resuenan particularmente hoy vuestras alabanzas. Las Iglesias imploran vuestro auxilio; y entre todas, la de España, con la confianza de un hijo á su amante padre, os está empeñando para que nos hagais baxar del Dios de las misericordias el bien de la paz, tanto tiempo ha alejado de Europa. ¡O si pudiera yo expresar vivamente el language interior de nuestros amables Soberanos, que tienen el primer lugar en esta Real Congregacion, zelosos de mantenerla en

aquel honor con que desde su ereccion la han distinguido sus augustos progenitores, y los sentimientos de todos sus ilustres individuos! Pero ¿para qué se necesita del débil eco de mi voz? Llegan á vuestros oidos los penetrantes suspiros de vuestros hijos atribulados; y poseido de la paternal compasion los elevais al trono de aquel Dios que ahuyenta la guerra hasta el extremo de la tierra; que es el que puede quebrar el arco, hacer pedazos las armas, y quemar los escudos. Con tan poderoso influxo nos prometemos acá la deseada paz, hasta que seamos participantes de la que gozais para siempre en aquella morada de alegría, en que un Dios esencialmente grande, admirable y glorioso es celebrado con un aleluya eterno, y un eterno amen.

ORACION PANEGIRICA

QUE EN LA FUNCION

AL GLORIOSO APOSTOL SANTIAGO,

PATRON DE ESPAÑA,

DEL DIA 3 DE AGOSTO DE 1801,

PRONUNCIÓ

**DON JOSEF ALDAO Y CASTRO,**  
*Cura Párroco de Santa Eulalia de Vilacoba, en la Iglesia  
del Real Convento de Señoras Comendadoras de Santiago,  
por el ilustre Ayuntamiento de esta M. N. M. L.  
Imperial y Coronada Villa de Madrid.*

THE  
OFFICE OF THE  
SECRETARY OF THE  
NAVY

WASHINGTON, D. C.

DEPARTMENT OF THE NAVY

NAVY DEPARTMENT

NAVY DEPARTMENT  
WASHINGTON, D. C.

*In Christo Jesu per Evangelium ego vos  
 genui. Pauli epist. II ad Corinth. cap. 4*

Yo os engendré en Jesuchristo por el Evan-  
 gelio. *San Pablo en la carta I a los de  
 y Corinto, cap. 4*

**S**í los que concurren á la existencia carnal  
 del hombre tienen por esto solo mérito  
 bastante para ser distinguidos con el dulce  
 nombre de padres, es preciso confesar que  
 la facultad de hacer infelices tiene unas  
 prerogativas demasíadamente valhagüenas.  
 Los que nos proporcionan la entrada en  
 este mundo, pero ó nos abandonan sin di-  
 rigir nuestro espíritu, ó si dedican á eso  
 sus tareas, es más bien para ofuscarlo que  
 para iluminarlo, formándolo según la car-  
 ne, debieran llamarse parricidas. En efecto,  
 ¿qué vida es la que nos dan? ¿O cómo po-  
 drá tenerse por tal una vida que se nos  
 conduce para respirar solamente el ayre

contagioso del error, para no ver mas que las densas tinieblas de la ignorancia, y para no pisar otras sendas que las que llevan á la muerte? ¿una vida, no de aquel hombre poco menos que un Angel <sup>1</sup>, coronado de gloria y de honor, y constituido sobre las obras de la mano de Dios, sino de un hombre que se confunde con el bruto, y que parece distinguirse de él solamente en la triste ventaja de ser criminal, cargado de oprobrio, y esclavo de todas las criaturas? ¿Y los que nos traen á esta vida cien veces mas funesta que la no existencia, los autores de nuestras desgracias, los que contentos con darnos un infeliz ser, nos abandonan en manos de la concupiscencia para ser el vilipendio de la naturaleza, para mantener el desorden sobre la tierra, para hacer de este mundo un confuso caos, en donde el vicio, el error, la perfidia, y todo el numeroso séquito de la propension al mal puedan fixar su tenebroso trono, deberán ser considerados baxo el aspecto de verdaderos padres?

<sup>1</sup> Psalm. 8. v. 6.

Yo creo que á estos les vendrian mejor los odiosos nombres de destruidores de la sociedad, de enemigos de la humanidad, de plagas, en fin, destinadas para azote de la tierra; no el nombre sagrado y respetable de padre, al que tienen un derecho mas legitimo aquellos que con un fuego todo celestial purifican la parte mas noble del hombre, que la resituyen toda su energia, que la elevan á toda su dignidad: aquellos que con la luz de la verdadera ciencia le enseñan el punto á que debe dirigirse, la felicidad por que debe anhelar, los engaños que pueden sorprehenderle, y los escollos en que puede precipitarse: en fin, aquellos que retocan la mas preciosa obra del Artífice supremo desfigurada por el pecado, que hacen que la reconozca por suya, y que se complazca en ella. Estos son los que juzga el Espíritu Santo acreedores á tan dulce nombre, y á todo el honor que exige esta dignidad.

¿Qué mucho, pues, que V. S. I. tribute al Apóstol Santiago estos tiernos y reverentes obsequios, concurriendo en él estas

qualidades con que la divina sabiduría nos da á conocer á un padre verdadero? ¿Qué mucho que venga hoy á dar estos honores al grande hijo del Zebedeo, siendo el instrumento principal de que se sirvió la divina Providencia para ilustrar á esta nacion con los preciosos conocimientos de la verdadera creencia; para corregir las deformidades de sus naturales desfigurados segun el Adán viejo, por la imagen purísima del nuevo; para reengendrarlos en Jesuchristo; para mantener á este Reyno en el verdadero esplendor y pureza? Favores tan especiales, en que tanto se descubre la mano de un padre, no solo no podia mirarlos el alma grande de V. S. I. con indiferencia (vicio propio de aquellas almas baxas, que jamas dan asilo al reconocimiento); antes bien, llena de la mas singular gratitud, quiere comunicar esta bella virtud á todos los Españoles. Por eso no se contenta con aclamarle padre de la España, sino que forma su principal empeño en hacer conocer los grandes beneficios que como tal nos hizo en la tierra, y nos está pro-

porcionando aun desde el cielo.

Yo, pues, que vengo á este sagrado puesto á ser el órgano de tan piadosos sentimientos, no debo desviarme de ellos un punto; y para executar lo exáctamente ninguna cosa me pareció mas á propósito que hacer ver, por los grandes males que padecía la España con la idolatría, y de que nos libró Santiago, su paternal regeneracion en la tierra; y por las grandes felicidades que experimenta desde entonces, su paternal proteccion desde el cielo: dos partes en que pienso dividir este breve discurso.

¡Gran Dios! que os dignais habitar entre los hombres baxo ese velo sacramental, y que tal vez para colmo de la primitiva infelicidad de la España seriais para nosotros aun hoy un Dios desconocido, si la luz de la fe con que nuestro Apóstol iluminó este Reyno, no nos hubiera descubierto la magestad infinita que os rodea, purificad mi corazon y mis labios, para que pueda dignamente predicaros admirable en las virtudes de que le habeis adornado,

y que por órden vuestro vino á inxerir  
 en nuestras almas. Esta súplica os hago  
 por intercesion de vuestra purísima Madre,  
 de aquella Señora tan amante de los Espa-  
 ñoles, á quien todos saludamos llena de  
 gracia. AVE MARIA.

*In Christo Jesu per Evangelium ego vos  
genui. Paul. ep. I ad Corinth. cap. 4  
v. 15.*

Yo os engendré en Jesuchristo por el Evan-  
gelio. *San Pablo en la carta I á los de  
Corinto, cap. 4 v. 15.*

**P**ara darse por avisada nuestra correspon-  
dencia parece debia ser bastante pronun-  
ciar solamente el nombre de aquel que nos  
hizo algun bien señalado. La imágen del  
bienhechor grabada en nuestra memoria  
debia tener siempre en accion nuestra vo-  
luntad, para no dar jamas entrada á la in-  
gratitud en nuestro corazon; pero si la ma-  
yor parte de los hombres es en extremo sen-  
sible á las desgracias, y no sosiega un mo-  
mento hasta hallar socorro á qualquier cos-  
ta y en qualquier mano; despues que lo re-  
cibe contrae con la vil inaccion á que se en-  
trega una dureza tan extraordinaria, que le  
hace impenetrable al reconocimiento. De

aquí aquella fria indiferencia hácia los que mas se han esmerado en protegernos: de aquí aquel desprecio de los mas grandes beneficios que ó nos impide reputarlos por tales, ó si su tamaño nos obliga á darles algun valor es con tal independenciamos autores, que llegamos á desconocerlos enteramente como principios de nuestra felicidad. Entre tantos exemplos, que como pruebas de esta verdad nos presentan los siglos todos, y en que no es menos fecundo el actual, me basta anunciar de paso el que nos ofrecen las ingraticudes de los Israelitas para con su Dios. ¿Quién creeria que este pueblo fuese capaz de articular voces para atribuir su libertad de la esclavitud de Egipto, su pasmoso tránsito á pie enxuto del mar Roxo, y la sumersion de Faraon con todo su ejército en aquellas aguas á un becerro inanimado, obra de sus mismas manos? ¿Quién creeria que pudiesen llegar á preferir los puerros que comian arrastrando las cadenas de la mas dura servidumbre al maná y á las otras viandas baxadas del cielo para alimentarlos libres en el desierto?

Pues esta fue la correspondencia que nos asegura el Espíritu Santo tuvo con su Dios un pueblo testigo ocular de estos y otros innumerables prodigios con que su divina mano lo ha favorecido. Tal fue el extraño efecto de dureza que causáron tan grandes felicidades en unas almas por otra parte sensibles, y al parecer capaces de agradecimiento quando estaban atribuladas. Motivo por que sus santos caudillos no cesaban de recordarles con pinturas tristes y melancólicas, que les mezclaban con los cánticos de mayor júbilo, sus diversos estados de afliccion, para que con esta memoria se renovasen las dolorosas sensaciones que habian experimentado en ellos, y se dispusiesen sus corazones á la gratitud.

Merezco, pues, disculpa I. S. si me determino á bosquejar en un dia tan solemne el triste y horroroso estado que presentan nuestras antiguas miserias. Los afanes paternales que empleó nuestro Apóstol para sacarnos de ellas y hacernos felices exigen nuestra gratitud; pero el corazon de muchos Españoles de igual temple al de los

Hebreos le rehusa tan pequeña recompensa. Por eso es preciso que á imitacion de tan sabios é ilustrados maestros ponga en accion los mismos resortes que ellos movieron para hacerlos sensibles. Volvámolos, pues, por un momento á aquellos tiempos en que nuestra España gemia baxo la esclavitud del demonio, y arrastraba las cadenas de la idolatría, á fin de que ningun corazon Español se mantenga duro con el que le ha restituido la libertad, é hizo pedazos sus prisiones.

¡Qué religion! ¡qué costumbres! ¡qué hombres! Los menos criminales arrinconados en una provincia nos hacen dudar si tenían ó no algun conocimiento de su origen, pues nada adoraban. Todo el resto rindiendo homenaje de distintos modos á una infinidad de seres, cuya flaqueza daba bien á entender su incapacidad para primera causa. Animales inmundos, criaturas inanimadas, y sin mas movimiento que el que queria dárseles, eran habidos por dioses. El sol y otros astros baxo diferentes formas recibian adoraciones, y llegó á

tanto la ceguedad (aun en los tiempos que reputamos por mas cultos) que se prosternaban nuestros mayores ante sus mismos semejantes, eligiendo para objetos de estos honores divinos á los que mas se han distinguido en ser delinquentes. Se invocaba á un Júpiter incestuoso: se doblaba la rodilla ante un Marte sanguinario y cruel: se veneraba á un Baco turbulento y tumultuoso; y hasta aquel monstruo obsceno é impúdico, que la infinita santidad del Dios ante quien hablo no me permite nombrar, pero que por nuestra desgracia es demasidamente conocido aun, recibió obsequios religiosos. En fin, todo lo que irritaba y encendia sus pasiones, todo lo que no podia ser Dios, lo era para ellos, y solo el verdadero les era desconocido.

Tales dioses, tales sacrificios. Parece que aun suenan en nuestros oidos aquellos tristes ayes, único desahogo de las victimas humanas sacrificadas en un extremo de esta Península á tan infames diuinidades; y la humanidad se estremece considerando aquella bárbara crueldad con que

cortaban las diestras á los desgraciados prisioneros de guerra para ofrecerlas á sus ídolos. La racionalidad y el pudor no se resentían menos al acordarse de las ceremonias con que los Españoles celebraban sus fiestas principales. Todos los excesos de la embriaguez, el desentono de unos himnos torpes, y la mas desenfrenada licencia, he aquí el rito de sus solemnidades. Los placeres á que se entregaban en ellas, los espectáculos que presenciaban, y los juegos con que se entretenían eran otros tantos delitos; en todos presidia la barbarie, la crueldad, la impudicia, la violacion de lo mas sagrado.

Bien puede colegirse la rectitud de ideas y la probidad de costumbres que podia inspirarles la adhesion á un ceremonial tan perverso. El furor y la venganza eran los árbitros de sus disputas: la causa del mas fuerte siempre la mejor: la justicia sin balanza, ó inclinado su fiel al lado de la passion: el amor (si existia entre ellos) era solo un amor vil, inflamado por la sensualidad ó el interes, y por tanto indigno de

tal nombre: la fortaleza constituida no en un razonable sufrimiento, sino en el feroz impulso: en una palabra, el vicio dominaba á todo este Reyno, y en todas sus provincias se veian las afrentosas señales de su despótico imperio esculpidas en la frente de sus habitantes, sin exención de aquellos filósofos, de aquellos sabios, de aquellos grandes soldados, de aquellos virtuosos que hoy mas que nunca se ponderan con un entusiasmo nada sano en mi juicio.

Es demasiado horroroso y humillante este quadro para que pueda estar fixa en él por mucho tiempo nuestra vista. No pueden mirarse sus negras sombras sin conmocion. Nuestra patria no aparece en él sino como una espesa selva cubierta toda de malezas, y nuestros mayores como fieras que ella alberga.

Mas no nos envanezcan, hermanos míos, las ventajas que llevamos á nuestros primitivos ascendientes, ni nuestras actuales luces y conocimientos: sírvannos sí para compadecernos de aquellos infelices envueltos en las tinieblas del error, porque

no llegó á ellos la luz de la verdad, y principalmente para llenarnos de un reconocimiento humilde hácia aquel que iluminó con ella el entendimiento de nuestros padres. ¡ Ah! nosotros aun seríamos hoy unas ramas secas y áridas, asidas como ellos al tronco carcomido por la culpa, si Santiago no nos hubiese inxerido en la verde y lozana oliva de la Iglesia: aun llevaríamos aquella fea marca de la reprobacion divina contraida en la adúltera y perversa generacion del antiguo Adan, si este Apóstol no nos la hubiera borrado reengendrandonos en el nuevo por el Evangelio de Jesuchristo. Nosotros, lejos de poder dar un paso hácia nuestra reforma, nos encenagaríamos cada vez mas en el fango en que nos hizo caer consigo el primer hombre. ¿ Y cómo podrian conseguirla nuestros esfuerzos, aun quando pudiesen intentarla, siendo así que este enviado de la diestra del Excelso para obrar tan gran mudanza, tuvo que sufrir los trabajos mas penosos y las mas crueles contradicciones?

Yo debiera ponderar este preciosísimo

quilate de su amor hácia nosotros; pero ademas de dispensarme de ello lo limitado del tiempo, creo que ninguno de mis oyentes necesitará de mi débil persuasion para comprehender lo arduo y dificultoso de la empresa que tomó á su cargo, por qualquier parte que se mire; ó bien sea atendiendo á lo molesto de un viage tan dilatado como el de Jerusalem á España, ó bien considerando el teson Español sostenido por la preocupacion y la ignorancia. Qualquiera puede conocer quantos sudores, quantas lágrimas, quantos oprobrios y baldones, quanta hambre, quanta sed, quantas fatigas, quanta persecucion estaria reservada para este hombre zeloso, que viene á entablar una religion nueva y sublime, y á predicar una moral austera y desconocida en un pais extraño y bárbaro.

¿Pero que es lo que no vence la caridad? Mas poderosa la de nuestro Apóstol que las fuerzas infernales que se le opusieron, y con quiénes entró en lid, no solo ha logrado destruirlas, sino tambien arrancarles esta gran presa de las manos. ¡O fe-

liz victoria, quan distinta me presentas á mi patria! ¡O vencedor ilustre, rayo purísimo, qué metamórfosis tan prodigiosa obraste en este país! Yo no puedo menos que admirarme viendo reintegrado en sus derechos primordiales al espíritu, y elevado á su dignidad dar leyes al tirano que antes le dominaba. ¡Qué maravilloso tránsito de una naturaleza antes confundida con la de los brutos, á aquella que en poco se diferencia de la de los Angeles! Un Dios todo espíritu ya es conocido como tal: y ya hay hombres en este Reyno que le adoran como á su principio, y que se dirigen á él como á su único fin. Ya se pronuncia su nombre santo, y se cantan sus dignas alabanzas. Ya se le aplaca no con horrendos sacrificios, gratos solamente á aquellas deidades nefandas, cuya abominacion empieza á conocerse y á detestarse, sino con aquella hostia pacífica, con aquella purísima oblacion del Cordero immaculado, único holocausto para un Dios infinitamente santo. De aquí veo proceder aquella mutacion de un natural feroz en un carácter

apacible por la infusion de la dulce virtud de la caridad. La fortaleza empieza á reducirse á sus verdaderos límites: sirve para resistir á las pasiones, no para auxiliárlas: se emplea contra el vicio, no contra el hombre. La justicia ya abraza en ósculo santo á la virtud y al mérito, y solo ensangrienta su espada en el delito. La mansedumbre y el sufrimiento son los nuevos escudos que se oponen á la ira y á la injuria. La fea y sórdida impureza pierde hasta su mismo nombre á la presencia de la castidad. En fin, la religion de Jesuchristo produce sus efectos: el verdadero culto del verdadero Dios nos presenta verdaderos hombres: una víctima inmaculada inspira ideas de pureza: una moral divina da principio á una sociedad de santos.

¡Qué diferente conmocion experimenta ahora nuestra alma, Apóstol inefable! Si antes nos estremecía el horroroso aspecto que presentaba la España idólatra, ahora los ricos atavíos de la gracia con que empezasteis á adornarla nos encantan: si entónces infundia terror, ahora una tierna

complacencia. La luz de la fe á manera de aurora va disipando la obscuridad del gentilismo, y se divisa el órden celestial entre la confusion y el desórden causado por la potestad de las tinieblas. ¡Quánto se nota aquí de lisonjero y alhagüeño!... Hasta la imágen de vuestra muerte, que parece debería llenarnos de afliccion como destructora de las bien fundadas esperanzas que nos hicieron concebir tan excelentes principios, es una imágen consolante. Es verdad que la vemos asentar el golpe de su segur sobre vuestra cerviz; pero este golpe que ni toca á vuestro espíritu ni á vuestro amor, no hace otra cosa mas que franquearos la inmortalidad, y colocaros con el mismo carácter de padre en el cielo que nos habeis merecido por vuestra espiritual regeneracion en la tierra.

Yo bien sé, I. S. que si hubiéramos de juzgar del amor de Santiago hácia nosotros por las leyes de la carne y de la sangre, pensaríamos sin duda, ó que se acabaria con su vida, ó que habria de extinguirse

con su aliento, ó quando menos, que á proporcion de la distancia de su ausencia habria de disminuirse ó debilitarse: nos creeríamos sujetos á aquella misma suerte á que se ve reducida una familia con la muerte de aquel que meditaba su elevacion ó preparaba su fortuna; pero si el amor de los padres carnales cimentado sobre la masa corruptible de la carne, se deshace con ella, y desaparece enteramente, el fuego de la caridad, aquel fuego celestial y purísimo con que nos amaba nuestro Apóstol, cuyo origen es eterno y espiritual, y por tanto inmenso é infinito, no depende para su duracion y su vigor del pábulo grosero de nuestro cuerpo, ni del soplo de nuestra vida, ni tampoco se debilita su esplendor aun puesto á la mayor distancia: al contrario, con la muerte se purificó, y resplandece mas elevado á mayor altura. ¿Y cómo podria su muerte causar la menor mutacion ni la menor vicisitud en el amor paternal con que nos ha mirado, siendo esta un tránsito ó fixa direccion al centro del amor, al golfo de

caridad, á la union con un Dios todo caridad? Lejos de eso, introducido ya en el seno del Altísimo, recibe de lleno sus divinas llamas, y se convierte en un volcan benéfico. De aquí, pues, es de donde procede aquel fuego que anima, que pone en movimiento, que da aquella maravillosa accion á los siete varones apostólicos que vienen á la España á hacer sus veces y á proseguir su obra. Como otros tantos astros aparecen sobre nuestro hemisferio, y acaban de disipar con la luz que reciben las negras sombras con que el error aun tenia cubierta mucha parte de este terreno: su influxo benigno hace brotar por él las semillas de la verdad que aun tenia sofocadas el resto de las malezas de la idolatría; y al paso que su ardor dexa á estas secas y sin xugo, adquieren aquellas con el rocío que las proporcionan una admirable lozanía. Hasta el incremento, virtud íntima, propia y peculiar de la Luz por esencia, es un don que reciben de estos hermosos astros por una pasmosa reflexion, en que juega como principal conductor

aquel astro luminoso que gira al rededor del supremo trono.

No de otro modo podia el suelo Español ostentar en tan poco tiempo tan delicados frutos en lugar de la zizaña que antes la cubria: así es como desaparecen tan prontamente de nuestra vista las malezas, los abrojos y espinas del vicio que la hacian antes tan sumamente ingrata, y se elevan los preciosos arbustos de las virtudes que exhalan un dulcísimo olor de santidad. Solo así podia pasar tan velozmente de pobre á rica, de estéril á abundante y agradable. ¡O santo amor, qué pasmosa es tu industria! Yo debo venerarte lleno de admiracion por tus prodigios sobrenaturales. A tí se deben las acciones de gracias por los tesoros de infinito valor que descubriste en este terreno, y por las copiosas mieses que le has hecho producir para enriquecer y alimentar á nuestros padres, tan pobres antes y tan hambrientos.

No extrañe V. S. I. que yo mire con complacencia desde aquí á aquel monstruo sin mas de humano que la figura, á Ne-

ron, digo, rabiando de envidia, y empeñando toda la crueldad de que era capaz su alma perversa para destruir en su origen este floreciente Reyno, y reducirlo á la infeliz situacion en que antes yacia. Este mismo empeño es la mejor prueba que puedo presentar de la rapidez de los progresos del Christianismo en nuestra nacion, y lo vano de sus medidas el mejor documento de la proteccion paternal de nuestro Apóstol. Pierden la vida millares de Españoles al golpe de su saña, y contra su intencion nos hace ver que España produjo en pocos instantes millares de Santos. Creyó ver cumplidos sus infernales deseos, y no sabia que al paso que entraban sus ministros por los campos de nuestra Iglesia para talarlos, con los golpes de su espada sacudian la semilla de sus frutos sazonados, la esparcian sobre la misma tierra, y que aquella sangre preciosa que hacian correr sobre ella era un fértil riego que habia de hacerla producir un ciento por uno.

¿Qué creces no debia esperar el gran Padre de familias de esta su herencia, que á

los primeros golpes de cultivo de sus operarios llena sus depósitos de tantas riquezas? Hablad por mí, famosas ciudades de España, presentad si podeis el número sin número de tantos valerosos Mártires, de tantos ilustres Confesores, de tantas Vírgenes castas, de tantos Santos sin distincion de edad, de sexô, de profesion, si antes ciudadanos vüestros, ahora moradores del cielo. Toledo, Zaragoza, Mérida, Barcelona, Córdoba, Sevilla, Compostela, Orense... ¡Quánto me duelo, Señor, de tener una lengua tan tarda para nombrar los jardines que contiene en sí este Reyno Católico! ¿Cómo podré prometerme bastante expedicion para distinguir las hermosas flores y preciosos frutos que cogió en ellos su celestial dueño? ¡Quánto siento ni aun poder extenderme á hablar de aquellos que produjo el árbol de la religion christiana en este mismo suelo, sazonado con la divina sal del Evangelio que traxo á España Santiago: de un Isidro, de una María de la Cabeza, de una María Ana de Jesus, á quienes mira V. S. I. como á sus mas ama-

dos hijos, y venera con muy distinguidos honores! Pero sus solos nombres al mismo tiempo que derraman los aromas de sus virtudes, hacen revivir en nuestra memoria aquel nombre amable de nuestro Padre Santiago, y nos dan otra prueba mas de la amorosa atencion con que actualmente mira á la España. Sí: ellos nos dan á entender bien claramente la permanencia y la constancia de la fe en esta Península, que no es otra cosa mas que la constancia y la permanencia de la caridad de Santiago, y la continuacion de sus fervorosos ruegos en nuestro favor. Se ven tantas naciones, patrias en otros tiempos de una increíble multitud de Santos, sumergidas muchos siglos hace en el error; pero la nuestra aun despues de diez y ocho se gloria de ser católica. A pesar de todos los golpes con que el infierno quiso hacerla caer de sus glorias, antiguamente por medio de persecuciones cruelísimas, en seguida con las armas de la heregía, y al presente con una seduccion blanda, pero muy venenosa, se mantuvo y mantiene firme apoyada en es-

ta columna inmóvil, asentada sobre la piedra angular Jesuchristo.

Si la propagacion rápida y la continuacion firme de la religion en nuestra patria nos hacen ver tan claramente la proteccion paternal de nuestro Apóstol desde el cielo, las felicidades temporales de ella no la manifiestan menos. Nadie se persuada al oirme hablar de las felicidades temporales de la España que quiero desentenderme de los grandes trabajos y de las muchas adversidades que ha experimentado por juzgarlas opuestas á las miras paternas que Santiago echa sobre ella. Lejos de eso las confieso y las publico, y en esto mismo reconozco su mano bienhechora. Cotéjense los delitos con las aflicciones subsiguientes, y se verá el efecto maravilloso de su intercesion. Hubo en este Reyno castigos temporales, es verdad, pero por culpas que los merecian eternos: sufrió penas que fuéron al mismo tiempo medicinas; pero estas mismas le exímieron de otras que solo serian venganzas. ¿Y no se echa de ver aquí la mano de un padre? 26

acaso dexará de serlo el que castiga, y lo será solo el que alhaga? El pueblo Hebreo estaba baxo la visible proteccion del Dios de Israel: este Señor le amaba con el amor mas grande que puede imaginarse; y no obstante permitió que padeciese derrotas vergonzosas é inesperadas, repetidas cautividades muy largas y muy penosas, con otros infinitos males; ¿y diremos por eso que no era el objeto de su cariño? Léanse las santas Escrituras, y se sabrá la causa y el fin de los castigos de los pueblos.

Por lo demas, ¿á quién sino á Santiago debe la España tantos sucesos prósperos y gloriosos? ¿A quién sino á su influxo se debe la expulsion de tantos bárbaros extrangeros como la domináron? ¿Quién inspiró aquel aliento á nuestros exércitos en tantas y tan críticas ocasiones, en que solo el caimiento de ánimo y la tristeza eran todas sus municiones de guerra, para arrojar y derrotar á unos enemigos orgullosos, excesivamente superiores en número, y bien provistos? ¿Quién extendió tanto los términos de esta nacion, que llega á verse

señora de dos mundos? Nuestros mayores, en cuyo número entran Reyes muy sabios y muy santos, Sumos Pontífices, y varones muy ilustres por su ciencia, por su autoridad y por su virtud, atribuyéron todo esto á aquel amante padre, á aquel amigo tierno y constante, que como Ángel protector de la España asistió en el trono del Dios de los ejércitos. Nuestros abuelos lo enseñaron así á nuestros padres, y de boca en boca llegó esta tradicion á nuestros oídos; pero nosotros con el rezelo de parecer fanáticos ó poco ilustrados la estancamos vergonzosamente, y sucumbimos de esta manera á los golpes de una cierta crítica, que si en asuntos profanos venera ciegamente qualquier autor antiguo, qualquiera inscripcion, lápida mutilada, ó moneda carcomida; en los piadosos se porta muy al contrario, y con un miramiento hipócrita desprecia desdeñosa como confeccion de siglos bárbaros y como fábulas absurdas lo escrito en tiempos remotos, por mas revestido que se halle de autenticidad. Y esta crítica, que si no es hija, es á lo menos muy

parecida á aquella que prefiere las ridículas noticias de los anales de la China á las infalibles de Moyses, ¿ha de ser la que ha de cerrar nuestras bocas de modo que no publiquen las grandes obligaciones de la España al amor de Santiago, y con ellas nuestras glorias? Confundámonos, avergoncémonos de constituir á los últimos siglos por árbitros de todos los demas, y de pensar que el discernimiento y el tacto fino se concedió exclusivamente al mundo caduco y enervado.

Amabilísimos Españoles: yo soy tan enemigo de la preocupacion, quanto debo serlo como christiano y como Ministro de la única, verdadera y purísima religion: por eso me persuado no me hareis un gran favor aunque creais que no he subido á este lugar tremendo para haceros caer en ella inspirandoos un fino reconocimiento hácia el Apóstol Santiago. Es tan justo el derecho que tiene á nuestro amor y á nuestra gratitud, que la mera indiferencia hácia sus beneficios puede graduarse como delito. El es nuestro padre, y nuestro pa-

dre verdadero , pues por la regeneracion espiritual nos ha traído á la verdadera vida de que nos habian privado nuestros padres carnales por su generacion segun Adan , sepultándonos en las tinieblas del gentilismo , y poniéndonos á las puertas de la muerte eterna. El fue el primero que retocó la imágen del supremo Artífice desfigurada por la culpa original , segun el exemplar que se le habia mostrado en el monte santo: el que á costa de trabajos de todo género , que superó porque nos amaba , ilustró nuestro entendimiento antes ciego con la obscuridad del politeismo , imprimiéndole las sublimes ideas de un Dios único y verdadero : el que predicó la moral del Evangelio , y rectificó nuestras costumbres feroces , haciéndonos de esclavos del vicio amantes de la virtud: el que plantó la religion verdadera en lugar de la idolatría: en una palabra, el que sacrificó todos sus afanes hasta que regresó á Jerusalem á ser mártir de la verdad por legitimar nuestra patria para la herencia de los bienes eternos. Eleva-

da su alma al lugar que le habia preparado su divino Maestro en la casa de su Padre, no descuidó un punto en mirarnos como el mas amante: distinguió este Reyno haciéndole tan fértil, que dentro de pocos tiempos produjo una infinidad de Santos: atendió cuidadosamente no solo á la extension del Christianismo, sino á su conservacion hasta nuestros dias: nos infundió un vigor sobrenatural para repeler á nuestros enemigos interiores y exteriores, y derrama sobre esta nacion felicidades espirituales y temporales. En fin, se nos mostró padre en la tierra, y como tal se está mostrando aun desde el cielo.

¿Y no serán estos unos títulos de parte de Santiago que exijan nuestra mas fina correspondencia? ¿Su amor constante no merecerá el nuestro? Este verdadero sabio que llegó á parecer necio por nuestra felicidad, ¿no merecerá el que nosotros suframos pasar por ignorantes entre otros que lo son realmente, solo por corresponderle? No amados compatriotas míos: no dé abrigo un corazon Español al mas detestable de

todos los vicios, á la vil ingratitud. Acor-  
demonos para esto de los males que pade-  
cimos, y de que nos ha librado, y de los  
bienes que nos está prodigando desde el  
cielo, que con esta memoria se encenderá  
nuestro amor hácia él. Imitemos los mo-  
delos de piedad, de amor filial y de reco-  
nocimiento que en estos nueve dias ante-  
riores puso á nuestra vista lo mas grande  
y respetable del Reyno: imitemos el exem-  
plar no menos tierno que nos presenta esta  
Imperial y Coronada Villa representada por  
su ilustrísimo Ayuntamiento: imitemos á  
este nobilísimo Cuerpo, que sabe unir la  
piedad con la sabiduría y con la ilustracion  
para aclamar al hijo del Zebedeo por pa-  
dre y protector de los Españoles.

Y vos, glorioso Apóstol, recibid como  
tal los mas humildes obsequios que os rin-  
de la capital de vuestra España: recibid este  
público testimonio de reconocimiento que  
os da á la faz del mayor pueblo de la na-  
cion. Continudad derramando sobre ella to-  
das las bendiciones del cielo, como tambien  
sobre nuestros Católicos Monarcas, sobre

toda la Real Familia, sobre esta Real Comunidad que lleva vuestra divisa vencedora, y sobre todos vuestros hijos, para que aprovechándose aquí de vuestras fatigas, os acompañen en el goce de los premios que disfrutais en el seno de vuestro Maestro Jesuchristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reyna por los siglos de los siglos. Amen.